



# LA VILLA DE GÁRGOLES DE ARRIBA Y SUS ARQUEÓLOGOS

---

***THE GÁRGOLES DE ARRIBA VILLA AND ITS ARCHAEOLOGISTS.***

Foto Israel Jacobo Alcón, Mayo 2017

**JORGE SÁNCHEZ-LAFUENTE PÉREZ**  
Universidad de León  
University of León

*A la memoria de Dímas Fernandez-Galiano Ruiz*

Resumen: En este artículo se presenta el yacimiento arqueológico de la villa romana de Gárgoles de Arriba (Cifuentes, Guadalajara), como lugar de confluencia de jóvenes investigadores. Pero también como pequeña escuela de arqueología y un punto de interacción social con las gentes de la comarca. Un conjunto de experiencias en un entorno privilegiado, que generó algunos vínculos con la zona y que quedaron para siempre en la memoria de los buenos recuerdos.

Palabras clave: Historiografía, memorias, villa romana, entorno natural.

*Abstract: This article focuses on the Gárgoles de Arriba Roman villa as a placement location for archaeology students. An account is provided of a series of experiences in an exceptional environment, which created some links with the area and which left all participants with fond and lasting memories*

*Key words: Historiography, memories, Roman town, natural environment.*



Rebaño en las inmediaciones de la villa de Gárgoles. Agosto de 1984

La Alcarria Alta se encuentra relegada entre las opciones turísticas que Guadalajara ofrece los fines de semana. Sin embargo, esta comarca, a más de su propia belleza, muestra una síntesis de la variedad paisajística que encierra toda la provincia. El estado en que se encontraba el entorno de la villa de Gárgoles en los años setenta complementaba el paisaje natural, entonces todavía con una fértil agricultura y ganadería.

En los años setenta y ochenta del siglo pasado los yacimientos arqueológicos como Gárgoles de Arriba ejercían como escuelas de prácticas arqueológicas, lo que suponía todo un apoyo y estímulo para los universitarios que se especializaban en estas tareas. En la región destacaban las excavaciones de las ciudades romanas de

la vecina Cuenca. Una concurrencia multitudinaria acudía todos los veranos, tanto a Segobriga como a Valeria y en menor medida a Ercavica; por allí pasaron futuros prehistoriadores, estudiosos del mundo clásico y medievalistas, historiadores del arte... Otro tanto sucedía en la vecina Complutum que llegó a alcanzar en nómina hasta dieciséis arqueólogos, contratados en momentos puntuales, entre finales de los años ochenta y principios de los noventa. Las prácticas arqueológicas en la provincia de Guadalajara discurrieron, no obstante, en términos más modestos. Sin embargo, hay que recordar varios círculos como el del entorno de Marisa Cerdeño y sus alumnos de la Complutense con sus excavaciones sobre el mundo celtibérico en Molina de



Villa romana de Gárgoles de Arriba. Cisterna junto al pasillo de las termas.

Aragón y en la zona de Sigüenza. Recópolis también fue otra escuela de práctica, no solo al inicio de sus campañas en 1972-1974 regentada desde la Complutense y el Museo de Guadalajara, sino también en los años sucesivos hasta nuestros días, bajo la dirección de Lauro Olmo Enciso de la Universidad de Alcalá de Henares. El Bronce Final fue estudiado por otra “agrupación”, posiblemente más local, vinculada al profesor Jesús Valiente Maya y al Museo Provincial, teniendo como centro de sus investigaciones la Loma del Lomo de Cogolludo.

La villa de Gárgoles merece recordarse también entre estos yacimientos con prácticas arqueológicas, aunque su concurrencia fuera más modesta. Es conocido como estas estructuras romanas habían permanecido sin valorar hasta finales del siglo XIX, cuando el entonces propietario de la viña donde apareció la villa, el académico y aristócrata R. de Uhagón, dejó al descubierto probablemente las mismas estructuras que nosotros “descubrimos” en los años setenta y ochenta del siglo pasado o tal vez otras similares otro lado del patio. El hecho es, que al aparecer una breve nota en 1893 en el Boletín de la Real Academia de la Historia, la villa de Gárgoles salió del anonimato en que se encuentran tantas villas romanas.

Gárgoles, ya visible en la bibliografía, llamó la atención a la pintora y escritora Carolina Nonell, muy relacionada con Cifuentes, quien obtuvo de Martín Almagro Bach el permiso para iniciar nuevos trabajos. Carolina Nonell puso

al descubierto entre 1975 y 1979 una serie de estancias de la pars urbana, que se encontraban recubiertas con mosaicos tardíos. En aquella etapa puede decirse que ninguna de las estructuras se descubrió en su totalidad, salvo un edificio de planta cruciforme que pudo mostrar prácticamente en su integridad. Este edificio atesoraba una estratigrafía que fue destruida aquellos años y que posteriormente tratamos de reconstruir. Una limitación de los trabajos aquellos años lo ocasionaba el hecho de que la excavación avanzaba por habitaciones, además sus campañas desde julio de 1975 se acometían de forma esporádica en Semana Santa, navidades y fines de semana largos.

El repentino fallecimiento de Carolina Nonell en 1980 ocasionó que se hiciera cargo de la continuidad de los trabajos el nuevo director del Museo de Guadalajara, Dimas Fernández-Galiano, que ya en 1979 le había cuadrado el terreno y que asumió la continuidad de los mismos desde 1980 a 1985. El requerimiento de otras responsabilidades como director-conservador del Museo de Guadalajara hizo que algunas campañas fueran asumidas por delegación por algunos de nosotros. Fernández-Galiano asumió durante esos años la puesta en valor de las estancias ya excavadas por Carolina Nonell sobre todo en torno del oecus. Al mismo tiempo, logró recuperar y trasladar sus mosaicos al Museo de Guadalajara aunque hoy se encuentran compartidos con el Museo de Cifuentes. Dimas Fernández-Galiano venía de rescatar varias decenas



Monumento funerario con la representación del difunto Colección particular. Gárgoles de Arriba

de mosaicos romanos en Alcalá de Henares. El rescate de las villas urbanas y sus mosaicos alcaláinos por este arqueólogo, merece hoy un recuerdo y es que el turista que los contempla posiblemente desconoce las dificultades que imponía su salvamento en la década de los años setenta y que llegaba en ocasiones, al rescate in extremis ya en la misma víspera de su destrucción. Coincidieron las excavaciones de Dimas Fernández-Galiano en Alcalá de Henares con años duros para su patrimonio, en esos años la especulación del suelo hizo desaparecer buena parte de la Alcalá de Henares conventual, y sin embargo, por esas paradojas del destino, se logró poner a salvo una colección de mosaicos milenarios frente a la destrucción de palacios, casonas y conventos.

Volviendo a Gárgoles y sus arqueólogos, por la villa romana pasaron decenas de estudiantes en esos años previos sus vidas profesionales. Es el caso M<sup>a</sup> Paz García-Gelabert (Universidad de Valencia) Juan Manuel Abascal Palazón que realizó además una estratigrafía sobre la vía Segontia-Segobriga (Universidad de Alicante), Conchita García-Hoz (Museo de Cáceres y Museo Etnográfico de Madrid), arqueólogos como Rafael Cristobal, hoy en la arqueología de gestión en Galicia y que realizó los planos definitivos. Luisa Alcázar García (Oficina de Turismo de Cifuentes), Ana Moreno Atance, hoy profesora de Historia del Arte (Escuela Superior de Diseño de Madrid). Ignacio de Luna Aguado, arquitecto y restaurador, fue

el principal responsable del levantamiento y traslado de los mosaicos, aunque en esas operaciones también intervinieron varios trabajadores ingleses. Los equipos de excavación arqueológica, suelen contar con un círculo de allegados que arropan sus trabajos, en nuestro caso, nunca olvidaremos al doctor D. Diego Albert, médico de la vieja escuela de galenos mantenedores de la mejor tradición humanista, Enrique Silván Pobes, biólogo y hoy profesor de la Universidad Complutense, el librero Salvador Cortés Campoamor y a Ángel Arbeteta, todo un viejo caballero castellano trocado en taxista de Cifuentes que nos regaló durante años su bondadosa compañía. A ellos se suma una larga lista de gente que no podemos citar por limitaciones de memoria y espacio.

Como director de La excavación por delegación, algunas decisiones, al margen de las instrucciones recibidas, ofrecieron dificultad. Particularmente doloroso fue para nosotros concluir los trabajos de agosto de 1985, previo al levantamiento de mosaicos al mes siguiente, pues en los días previos al cierre, pude comprender precisamente como la extensión del habitat romano excedía con mucho la modesta superficie que habíamos excavado hasta esa fecha. Los sondeos de las últimas cuadrículas apuntaban una extensión considerable, que remontaba la colina hasta la ermita de San Blas, que enlazaban con el monasterio medieval, dominado toda la zona excavada. Pero también sospechábamos que se extendía descendiendo por otros puntos cardinales. Por

tanto, tomamos consciencia de que el hábitat romano de Gárgoles no era una simple villa romana, sino cuando menos un enclave semiurbano durante la época bajoimperial. Al mirar el mapa de la comarca se comprende inmediatamente su posición aventajada y resguardada, dentro de la vastedad y amplitud del valle del Tajo en ese punto. Hoy sabemos que esa posición dominante era compartida aguas abajo con el Cerro de Villavieja en Trillo.

En los países mediterráneos entendemos bien como las ruinas forman parte del paisaje, incluso que lo completan. Ese acompañamiento recíproco nos envía mensajes, sensaciones e incluso advertencias. Como estudiantes un tanto “urbanos” nos impactaba el paisaje de la Alcarria, digo urbanos por aquello que decía Machado, de que el descubrimiento del campo es una invención desde la urbanidad, desde la ciudad (por eso posiblemente los antiguos no eran tan buenos paisajistas). La luz castellana del mediodía, ya lo sabemos, desvanece el paisaje, pero al caer la tarde y al levantar la vista, cobraba realidad todo un espectáculo en esa zona del valle, de la colorida Alcarria, con los arbustos marcando el paso de los arroyos secos, el bosque de encinas en el horizonte, la mies recogida en parcelas dispersas: podíamos a esas horas reparar todo lo que parecía inexistente a medio día. Ante las horas finales del día, empezaba a confundirse el horizonte por la vecina oscuridad, ese horizonte imponía cierto sobrecogimiento y nos señalaba como intrusos que contemplan el paso hacia la noche y sus incertidumbres. Se puede entender en este paisaje, a estas horas, la preocupación de algunas culturas antiguas como la egipcia por el renacer de un nuevo día. En ocasiones podía sentirse esa sensación cuando se demoraban las tareas de dibujo en solitario, era alzar la cabeza y verse dentro de aquella atmosfera, *iam nocte*. Pero el taxi esperaba en marcha... todavía no contaba con carnet de conducir...

En todas las excavaciones hay una intrahistoria que se hilvana a partir de la convivencia de los miembros del equipo: colaboradores, trabajadores y sobre todo de los estudiantes; se entrecruzan unas vidas en un momento, como decíamos al principio, de muchas expectativas que esperan ser alcanzadas. Esa intrahistoria forma y se cocina dentro de un grupo social algo cerrado y que debe limar la singularidad personal de cada uno, para convivir y lograr resultados en los trabajos de excavación. La personalidad de la antigua excavadora, Carolina Nonell, guardaba muchas facetas (pintora, escritora, arqueóloga...) y cuentan que excavaba fundamentalmente entorno a un frondoso almez que debía ser ya centenario y que proporcionaba a la par sombra y al mismo tiempo ejercía

de punto cero (referencia utilizada en las excavaciones de aquellos años). Otra anécdota que suelo recordar son las circunstancias en las que se llevó a cabo el descubrimiento de las estelas altoimperiales embutidas en los muros de las termas. Sucedió que al limpiar ese pasillo, durante una tarde de agosto de 1982, pudimos identificar y leer claramente la estela de Turaesius, un indígena del siglo I. Pero la sorpresa vino dos años después en la campaña de 1984, cuando hicimos una apuesta con el arqueólogo Rafael Cristóbal sobre si los sillares sucesivos, que permanecían alineados, podrían ofrecer nuevos textos y tratarse de otras lápidas volteadas. Pues bien, para sorpresa de todos, contenían en efecto nuevas inscripciones, pues el siguiente sillar se trataba de otra pequeña estela y en ese punto de 1984 abandonamos el asunto. Pero la historia epigráfica de ese pasillo, tuvo continuidad muchos años después, en la primavera de 2017, cuando un nuevo sillar de caliza nos llamó la atención en el mismo pasillo y de nuevo tuve la tentación de girarlo, y de nuevo apareció otro texto funerario que con cierta sorna del destino, ha tenido que esperar treinta años para continuar con la bona memoria y alcanzar su porción de eternidad.

He vuelto a este recodo del valle del Tajo (agosto 2018) y me acompaña el último arqueólogo que se ha ocupado de la villa de Gárgoles, Israel Jacobo Alcón. Juntos asistimos expectantes a varios guiños de la naturaleza: la presencia furtiva de un corzo entre los olivos (una zorra en la visita anterior), la visión de los gruesos brochazos de amapolas... junto a la plaga de hinojos que con los otros matorrales, parecen decididos a borrar las estructuras. Estamos incomodando a estos nuevos propietarios que quieren regresar a su normalidad, incluidos los buitres que giran en círculo sobre nosotros. Al margen de discusiones sobre comprobaciones y mediciones, hemos acertado a imaginar algunas escenas: como imparte sus órdenes el pontentior ¿Blasius? a sus servi que, como Paris, obedecen sumisos. Al igual que unos visitantes antiguos, que contemplan lo previsible y esperan ver, sin coincidir con lo que miran, tratamos de imaginar esas mismas estancias llenas de vida, con el olor a la mies del verano, a lagar, a la humedad de los canales y de la laguna próxima, a donde acuden garzas y ánades, a los rebaños que cadenciosamente regresan tarde tras tarde; todo esto imaginamos, más allá de la confusa telaraña de una simple restitución informática que tenemos ante nuestros ojos y que huele a tinta de impresora.